

VIII

EL CABALLO ESPAÑOL EN EL MUNDO

DR. D. V. SERRANO TOMÉ

*Académico Numerario*



Hubo un tiempo hispánico, duro pero añorado, aquel en el que “Castilla hizo a España -y que rebasa la “edad conflictiva” de la que habla Sánchez-Albornoz, puesto que se extiende, imprecisamente, entre los siglos XII y XVII-, época en la que, además de nuestros capitales, de nuestros misioneros, de nuestra lengua, de nuestra religión y de nuestras lanas merinas, también alcanzó su mayor gloria y renombre el caballo español, “el pura sangre de otros tiempos”, que cantara Eugéne Gayot, el ilustre veterinario francés creador del angloárabe.

Son tan conocidos los juicios elogiosos que al mismo dedicaron los más ilustres hipócritas de esas épocas que no caeremos en la tentación de repetirlos. Ni tampoco de hacer relación de los muchos reyes y caudillos que lo prefirieron como montura.

Sólo deseamos, y creemos que es bastante, llevar a cabo un cuidadoso recorrido por el mundo tras las huellas del caballo español, pisar con devoción de peregrino las muchas rutas que alegró con su garbo y con su fuego y exhumar y sacar a la luz viva las abundantes razas y estirpes a las que prestó sangre y sello de hidalgía.

Aunque sus genes salpicaran todos los continentes, aunque dejara su viva impronta, de forma directa o indirecta, lo mismo en Australia que en el África negra, del mismo modo en las Filipinas que en los países circum-mediterráneos extra-europeos, su acción más intensa y profunda fue llevada a cabo en Europa y en América, a cuyos dos continentes limitaremos nuestra exposición.

Empecemos nuestra ilusionada andadura por la punta más occidental de Europa, por ese paraíso de los ganaderos que es Irlanda, en donde el poney de Connemara, uno de los más bellos caballitos que existen, vive en la zona más occidental del condado de Galway, en el montañoso, pobre y pantanoso Connaugh azotado por el duro Atlántico norte. Su distinción y su natural hermosura le han llegado de las sangres árabe y andaluza,

recibida ésta en varias ocasiones, una de ellas -acaso hipotética, pero más creíble que para el Shetland- con motivo del desastre de la "Armada Invencible" de Felipe II. A causa de su bien conocido y patente influjo bético, estos caballos, según Ridgway, eran llamados hasta no hace mucho tiempo, "andalusian".

Sobre los caballos ingleses, el español habría influido desde tiempos muy antiguos. Así pues, ya las legiones romanas de Julio César- que vino a Jerez, desde Niza, a alancear caballos- llevaban, entre otros, caballos españoles. Y, según Froelich, durante el reinado de Althestane, en la primera mitad del Siglo I, fueron importados caballos de nuestra Península, lo que se repetiría durante el reinado de Guillermo el Conquistador, el que montaría un caballo español en la decisiva y cruenta batalla de Hasting en 1066. Nuestros caballos seguirían aportando los genes de la gracia, de la distinción y de la plasticidad durante el reinado de Guillermo II cuando ya eran célebres los caballos "Powysland", descendientes de españoles y tan buscados como mejoradores en todo el país hasta el siglo XVI; en el del rey Juan Sin Tierra, el gran vencido de Bouvines, que importa gran cantidad de caballos flamencos y españoles para transmitir mayor peso y alzada a los autóctonos, que debían soportar cada vez armaduras más potentes; en el de Eduardo III, el que, al importar caballos andaluces, suplicaba encarecidamente en memoriales dirigidos a los reyes de España y de Francia garantías para el tránsito de dichos animales; en el del tan discutido, cuando no execrado, Enrique VIII, y en el de su rival Jacobo IV de Escocia, el que a partir de los comienzos del siglo XVI ansia buscar en España reproductores para mejorar los caballos de las montañas escocesas, con los que se obtuvo la raza "Athole Garrón", rústica y resistente y que, con el paso de los siglos, sería absorbida por la masiva "Clydesdale". Y así hasta llegar a Jacobo I de Inglaterra, en cuyo reinado, entre los siglos XVI y XVII, y marcado no poco por su política de acercamiento a España, se harían llevar también potros y yeguas andaluces, que serían firme base de la posterior formación del Pura Sangre Inglés.

Francia, por su parte, posee entre sus diversas razas de tiro, originadas todas ellas en el arco nórdico y marcial del país, dos caracterizadas por su frecuente tordismo, su perfil ortoide y su importante infusión de sangre oriental: la Bolonesa, con cuna en Boulogne-sur-Mer, sobre el canal de la Mancha; y la Percherona, original de la región de La Perche, ambas con antecedentes repetidos de sangre española, bien llegada directamente desde la Península -como la que Rotou, Conde de La Perche, llevo desde

los pueblos ibéricos en el siglo XII, tras hechos de armas de la Reconquista española en los que intervino- o ya, más tarde, desde el antiguo Flandes español especialmente, o bien a través de sementales españoles de los Haras de Tarbes o de Pin.

También el Angloárabe, el Pura Sangre Francés de Gayot, lleva sangre española en sus orígenes a través de las yeguas navarrinas, que no eran sino un fiel espejo del caballo meridional español. E incluso, de forma más diluida y menos patente, el Trotador francés.

En Holanda recordemos al hoy tan transformado Frisón holandés u occidental, con sangre española y una de las más célebres razas entre los caballos de guerra de la Edad Media. Raza ésta muy antigua, descendiente de los caballos pesados de tiro supervivientes del último periodo glacial, que fue mejorada con caballos orientales traídos con las Cruzadas y después con caballos españoles en el periodo del Flandes hispánico, en el que fue abundante el intercambio recíproco equino hispano-frisón. Ambas razas -árabes y andaluzas- le dieron gran belleza. En épocas recientes casi extinguido, ha sido salvado por la atención regia de Juliana de Holanda que, en 1954 dio su patronazgo a la "Sociedad para el Fomento del Frisón", la cual pasó así a ser "Real Sociedad".

En cambio, en Dinamarca encontramos que los caballos están representados en el norte por el caballo de Jutlandia, citado ya por los romanos; y en el sur y en la Jutlandia meridional por el Hoslteiner, que fuera mejorado primero por el Andaluz y más tarde por el pura sangre inglés, y del que existen dos variedades, de tiro y de silla. Éste gran saltador es el único tipo de caballo que monta siempre el campeón olímpico Thiedemann y también su discípulo Jarasinski. Por el Oldemburgo alemán -caballo salido del Frisón-, con gran aporte de sangre napolitana y andaluza durante los siglos XVII y XVIII; y, finalmente, por el Frederiksborg.

El Frederiksborg o caballo danés por excelencia, la raza equina de sangre caliente más antigua y noble de la nación, fue creada por Federico II en el siglo XVI con caballos andaluces y napolitanos, correspondiendo su nombre al de las caballerizas reales y al castillo construidos a 34 Km. de Copenhague, muy cerca de Hillerod. Magnífico caballo de gala y de parada, llamado desde hace siglos simplemente "danés", prestó asimismo sangre a las razas de Orlov y de Lipizza. Después, él mismo sería mejorado por el pura sangre árabe y por el pura sangre inglés. Durante el reinado de Cristian IV, hijo de Federico II y creador de la ciudad de Cristianía -la de Oslo reconstruida tras 1m incendio- y muy aficionado a los caballos españoles,

éstos eran ya muy abundantes en el país. Y en el de Cristian V, en la segunda mitad del siglo XVII, existía en la yeguada de Frederiksborg un hato de 80 yeguas andaluzas de capa negra y cuya descendencia se conservó hasta 1815. Unos años antes, en 1809, se intentó regenerar la yeguada adquiriendo caballos españoles; y en 1816 se llevaron con igual propósito sementales y yeguas del depósito austrohúngaro de Kladrub, de origen andaluz, que fueron sustituidos en 1830 por sangre inglesa. En 1862 se cerró la yeguada y fueron subastados los animales. Por ello, en la actualidad, casi todos los caballos daneses llevan sangre Frederiksborg, raza que ha vuelto a resurgir en el siglo actual. De la magnificencia de este caballo da idea de que Felipe II, cuando el caballo español detentaba la hegemonía mundial, comprara e hiciera traer un semental Frederiksborg.

Pero es que además existe de esta raza una variedad especialmente elegante, muy buscada para circos y galas por su belleza, su plasticidad, su facilidad para la doma de alta escuela y de exhibición y su hermoso pelaje manchado, la variedad "Knapstrupper", que desciende de las yeguas y caballos españoles abandonados en 1808 por los 15.000 hombres del III Marqués de la Romana Don Pedro Caro Sureda al terminar el heroico periplo de estas fuerzas para pasar de ser punta de lanza septentrional de Napoleón y Bernadotte en aquellas lejanas tierras, a luchar contra las fuerzas imperiales de Francia en nuestra Península, a donde llegaron a bordo de navíos británicos tras dejar, en sus azarosas y zigzagueantes correrías por suelo danés -para huir de las sospechas y de las tropas de Bernadotte- 6.000 hombres y toda la caballería, de la que se obtuvo esta hermosa variedad equina de capa aguepardada por el cruce de la yegua "Flabengoppe" con un semental palomino en 1.812, perteneciente a un oficial español, obteniéndose el potro "Flabehinsten" de capa semejante al "Appaloosa", coloración que después se ha seleccionado y mantenido.

En Alemania, además de las razas ya citadas como Frederiksborg, Oldemburgués y Holsteiner, muchas de sus otras razas son verdaderos cócteles con abundante participación genética inglesa, pero otras veces también española, como en el Frisón oriental, buen caballo de silla de gran velocidad; o el Hannoveriano, otro animal de silla cuya cría fue siempre sostenida por la familia ducal, después real, de Hannover, y que ha mejorado a muchas razas alemanas, como las de Pomerania, Mecklemburgués -que tanto gustaba a Napoleón-, Brandeburgo, Westfaliano Renanos de sangre caliente y fría.

Suecia es el punto más septentrional de Europa con sangre de caballos españoles. Gustavo Vasa, el fundador del moderno Estado sueco, los

llevaría ya a mediados del siglo XVI. Un siglo más tarde Carlos X, en su breve reinado, crea en 1658 la Yeguada de Flyinge, a 14 Km. de Lund, con caballos capturados de los alemanes en la guerra contra éstos y los daneses, que terminaría en la paz de Rosjilde, y con yeguas danesas y españolas. Su sucesor, Carlos XI, vuelve a llevar sementales españoles ("Stenloken" y "Favoritus Suecus") enviados por la Casa Real Española. Y un siglo después, en 1747, el débil rey Adolfo Federico introduce en 1a Yeguada de Flyinge caballos Holsteiner y refuerza los efectivos de sementales daneses y españoles. Más tarde ya dominará en lo sucesivo la orientación inglesa.

La URSS conserva genes del caballo español en sus dos famosas razas de trotadores, pero especialmente en la primera creada, la de Orlov, producida en el siglo XVIII por el favorito de Catalina la Grande, el Príncipe Alexis Feodorovich Qrlov, en sus posesiones de Krenovoié, sobre el Don, hoy del Estado ruso. En su origen, como es bien conocido, intervinieron principalmente sementales árabes –es obligado mencionar a Smetanka-que, cruzados con yeguas Frederiksborg, darían lugar a Polkan el que, con yeguas danesas, produciría Rars I, cabeza de serie de la raza. Por tanto, a través de la línea materna, tanto por parte danesa como holandesa, los Orlov llevan sangre española, lo mismo en su variedad "Beduino", torda, como en la "Bykchott", oscura. Más diluida se halla la sangre española en el Trotador ruso, creado más recientemente del cruce del Orlov con el Trotador americano, más raseador y, por ello, más veloz que aquél.

En Italia, aparte de los caballos lippizanos, en el sur se halla el área del Salernitano (en Salerno, al sur de Nápoles), heredero del antiguo Napolitano, fruto del cruce de caballos de la región con españoles y nórdicos, formado esencialmente en la Yeguada Nacional de Persano, fundada por Carlos III, Rey de las Dos Sicilias y después de España, y aumentada por sus sucesores Fernando I y Francisco I de Borbón. La yeguada fue suprimida a mediados del siglo XIX por Fernando II de Borbón.

Por otro lado, gran parte de la ganadería caballar de Portugal es del mismo tronco que el andaluz. No podía ser de otro modo, pues el Dr. Del Castillo, parodiando a Camoens, afirma que se trata de "caballos andaluces y lusitanos, porque españoles lo son todos", ya hagamos referencia a la raza bético-lusitana procedente de caballos andaluces o de la raza de Alter, creada en la dispendiosa Yeguada de Alter do Chao por Don Juan V De Portugal, a base de 33 yeguas andaluzas con posterior infusión de sangre inglesa.

En los países que forman el corazón de Europa, el caballo español ha dejado sus mejores retratos en una serie de tipos brillantes, pero especialmente en los caballos de Kladrub y de Lipizza.

De las muchas yeguadas centroeuropeas sobre las que influyó el caballo español, la que primeramente se había fundado fue la de Kladrub, nacida a favor del éxito de la adaptación del caballo andaluz en tierras napolitanas y del prestigio que entonces tenía este caballo en el mundo. Los introduce -y la fecha es muy discutible- en el Imperio Austrohúngaro Maximiliano II al fundar, en 1565, la Yeguada Imperial de Kladrub nad Labem, a 70 Km. al este de Praga.

Años más tarde, en 1580, el Archiduque Carlos De Estiria, tercer hijo del alcaláin Fernando I de Habsburgo -gran aficionado a los caballos españoles, lo mismo que su heredero, Maximiliano II-, funda otra yeguada con 24 yeguas españolas en Lipizza, cerca de Trieste, en tierra entonces austriaca "para la educación de la nobleza en el arte de la equitación", más tres sementales y seis potros de igual origen, dedicándose especialmente a la producción de caballos de tiro ligero y de silla; mientras que la de Kladrub, de más porcentaje de sangre napolitana, se dedicaría a la cría de caballos de tiro pesado.

Los actuales lipizzanos descienden de seis familias famosas -dos españolas, dos napolitanas, una Frederiksborg y una última árabe- y desde hace dos siglos surten las caballerizas de la Escuela Española de Equitación de Viena, cuyo cuatricentenario se ha celebrado en 1972 con selecta visita española y con espléndido y anterior (1967) regalo español, el "Honroso VI" de Terry, añadiendo este nombre a los de otros rotundamente españoles que campean en sus boxes, como "Andalucía", "Sevilla" o "Cabriola". Sólo los sementales son educados en losa aires de la alta escuela. La sede de Lipizza, como veremos, ha sufrido las alternativas derivadas de los cambios de frontera de las dos últimas guerras mundiales.

El centro principal de Austria para cría de lipizzanos es en la actualidad la yeguada de Piber, a 45 Km. al oeste de Graz, cerca de Köflack, que fue fundada como yeguada Militar por el Emperador José II en 1798 y en la que ya se introdujeron lipizzanos en el siguiente siglo, predominando siempre en la yeguada la sangre española mediante continuas importaciones. A Piber fue trasladada la mitad del efectivo de Lipizza cuando, situada ésta en la comarca triestina de Carso, pasó a Italia tras la Primera Guerra Mundial, teniendo hoy día este último país un hato de esta raza en el Instituto Zootécnico Experimental de Roma.

A la terminación de esta conflagración, tras la pulverización del antiguo Imperio austrohúngaro, los lipizzanos pasaron a formar parte del patrimonio caballar de los nuevos países formados. Y así, Polonia se llevó los depósitos de Galitzia. Hungría conservaría las yeguadas de Kisber, Bálbolna y Mézohegues; ésta última yeguada fue fundada en 1785 con muchas razas, pero predominando la española, procediendo de dicho centro una de las seis familias fundacionales del lipizzano actual, la del caballo Maestoso, español de posta y carroza. La de Bálbolna fue fundada en 1790, cinco años más tarde que la de Mézohegues, como sucursal de ésta, haciéndose independiente en 1806. En ella existían caballos de diverso origen, pero muchos españoles y así, en 1802, una Comisión adquirió para ella, en España, veinte caballos en Jerez, Utrera, Sevilla, Écija, Córdoba, Granada, Ronda y Madrid, dos de ellas de la yeguada de Godoy. En Rumanía quedaron la de Fógaras y la gigantesca de Radautz, fundada en 1792. Finalmente Checoslovaquia mantenía en su Haras principal, el de Topolcianky en 1968, casi un centenar de lipizzanos, más otro medio centenar repartido por el país.

Los trasladados y las incidencias continuaron con la Segunda Guerra Mundial. Recordemos el azaroso transporte, por orden del entonces director de la Escuela de Equitación de Viena Coronel Podshajzky, de los caballos de este centro con motivo de los grandes bombardeos americanos sobre la capital austriaca, en un último tren que salía de la ciudad, y también bombardeado, hasta llevar a los animales al pequeño poblado de San Martín, en la Alta Austria, todos sanos y salvos. Y la audaz maniobra en punta de lanza, poco después, llevada a cabo por el General Patton para rescatar a los lipizzanos a fin de que no cayeran en poder de los rusos.

En cuanto a la yeguada de Kladrub, ésta pasó a Checoslovaquia al finalizar la Primera Guerra Mundial. Destinada siempre a la cría de caballos para la Corte Imperial de los Habsburgos, más tarde, a finales del siglo XVIII, los caballos tordos -los descendientes de "Generale"- pasaban directamente a la Corte Imperial y los negros -los hijos de "Sacramoso"- a los altos dignatarios de la Iglesia y a las honras fúnebres. En general, desde principios del siglo XIX los caballos de Kladrub son solo negros o tordos de grandes alzadas, aunque éstas bajaron desde la influencia posterior de la línea del árabe Saghya. Estos caballos tiraron, en troncos de seis a ocho animales, de las carrozas imperiales hasta la caída del Imperio Central en 1918 y eran siempre preferidos por los Emperadores. Su última gran exhibición pública fue en las reales exequias de Francisco José en 1916.

Terminada la Primera Guerra Mundial, al fundarse la República checoslovaca, la cría caballar de Klaadrub abandonó la variedad negra, siempre algo menos refinada, acaso por la antigua influencia del Nórico. A finales de los años veinte fueron vendidas las últimas yeguas y el último potro, el "Solo", de la línea Sacramoso. En 1938, en cambio, el Profesor Bilek recupera el negro de Kladrub con algunas viejas yeguas y el caballo "Solo", que aún dio ochenta hijos antes de morir en 1951. Desde entonces, el negro de Kladrub se cría aparte del tordo, a 30 Km. de Kladrub, en Parduvice, sobre el Elba. Terminada la Segunda Guerra Mundial, en 1945, el centro fue trasladado a Slatinany, a unos 100 Km. al este de Praga, siendo en 1956 entregado dicho Instituto a la Academia checoslovaca de Ciencias agrarias como Estación Experimental para la Cría caballar. Posteriormente, ya recuperado el negro Kladrub, se han introducido yeguas lippizzanas y otras tordas de la antigua Kladrub.

Pasemos seguidamente, con prisas y con vehemencia, a ese continente han hispánico que se llama América, donde unos hombres semejantes a dioses, nacidos en la más extremosa región de España, ayudados, según confesaron, "después de Dios, por su caballo", extendieron por veinte naciones la simiente del caballo bético, que daría en Otumba la victoria a Cortés y sufriría con Valdivia las más crueles penalidades de la odisea andina. Santos Chocano ya los cantó de forma definitiva.

Como paradoja, habiéndose formado el caballo en América filogénicamente, desapareció de dicho Continente en tiempos aún prehistóricos. Las investigaciones de la Universidad de Columbia descubrieron, ya hace años, los fósiles de toda la cadena completa de pre-équidos de América, a partir del pequeño "Eohippus", el "caballito de la Aurora", en el Estado de Wyoming, lo que no ha podido ser llevado a cabo en Europa.

Para llegar hasta la evolución del caballo, veintitrés series con una totalidad de trescientas especies de "Equidae", se habrían extinguido en 60 millones de años. Por un azar biológico extraordinario, de cinco intentos para alcanzar, por el estrecho de Bahring -entonces tierra sólida- nuestro continente eurásico y sobrevivir, al fin el último tuvo éxito. Por causas desconocidas (¿agentes patógenos?, ¿glaciaciones?) tan bruscas como imprevistas, el caballo se extinguiría en América, mientras en el centro de Asia asistiríamos a la formación de una primera línea tarpánica, seguida de la mongólica, la przewalskiana y la de Ewart, originadas de todos los caballos del Planeta.

La primera expedición de caballos españoles a América fue llevada por Colón en su segundo viaje (1493), tras la que llegaron nuevas reme-

sas equinas en expediciones posteriores, fundándose en La Española -hoy Santo Domingo- una Real Hacienda que en 1500 contaba ya con más de mil vacas y con sesenta yeguas de cría. De esta isla y de la metrópoli se aprovisionarían de caballos las posteriores expediciones a toda América. Y así, llegan en 1509 con Ponce de León a Puerto Rico, con Juan de Esquivel a Jamaica y con Ojeda a Panamá; en 1511 a Cuba con Diego Velázquez; en 1519 con Hernán Cortés a México; en 1520 a Nicaragua con González Dávila; en 1523 a Guatemala y San Salvador con Alvarado.

A los actuales Estados Unidos de Norteamérica entran con las expediciones de Vázquez de Ayllón en 1526, de Ponce de León en el año siguiente, de Pánfilo de Narváez en 1528, Re Cortés en 1535, de Vázquez Coronado en 1540, de Antonio de Espejo en 1592 y de Juan de Oñate en 1596. A Colombia llegan con Rodrigo de Bastidas en 1524. A Venezuela con Gonzalo de Ocampo en 1520 y con Jácome de Castel1ón al año siguiente. A Perú los lleva Pizarra en 1531. A Ecuador Sebastián de Belalcázar en 1533. A Bolivia los hermanos Pizarra en 1538. A los países del Plata Don Pedro de Mendoza en 1536 y a Chile la penosa expedición de Valdivia en 1540.

Ni los años ni los extraños ambientes borrarían las características fundamentales de los caballos españoles de la Conquista sino que, por el contrario, en muchos casos se conservarían y perfeccionarían en su alcurnia y en su casta, produciendo gran cantidad de agrupaciones raciales herederas directas del caballo bético o variados mestizos que, por la gran plasticidad básica de la raza, se adaptaron magistralmente a todos los medios.

Son tantos los criollos y mestizos nacidos de la sangre del caballo ibérico que apenas cabe sólo citarlos de norte a sur:

- En la actual nación estadounidense se obtendría el "Munstang", mesteno o cimarrón norteamericano -hoy casi desaparecido- heredero directo de los caballos de los conquistadores y en el que cabalgarían los caballos del mítico oeste. Asistió a toda suerte de codicias entre bandidos, buscadores de oro y traficantes; al sangriento avance blanco hacia el oeste; a las enconadas luchas entre ganaderos y cultivadores o entre vaqueros y ovejeros; y chocó continuamente con sus congéneres en las luchas interminables entre indios, cowboys, cuatreros y escuadrones celestes o grises.

Más pequeño y desmedrado es el "Indian Pony", petizo indio o caballito cayuse, que aún se conserva en esta tribu india en sus reservas y con seguridad descendiente, como el "cow pony", del munstang; y lo mismo podría decirse del pony de la Isla del Trono, en Colorado y el "Banker pony", de los bancos de la bahía de Pimlico, en Carolina del Norte. Des-

preciado el Cow Pony por ser para los vaqueros más pequeño y menos agraciado que el Indian pony, pero más resistente sin embargo, tiene con gran frecuencia pelajes manchados, lo que tanto gustaba a los indios por su facilidad de camuflaje. Animal imprescindible para las tribus, tanto para la defensa contra el blanco como para la arriesgada caza del bisonte, en oficio cibolero, asistió con los cheyennes y sioux de Sitting Bull a la máxima humillación blanca acompañada de la muerte del Coronel Cutter y de todos sus hombres en la sangrienta batalla de *Bittle Big Horn* en 1867. Fue, finalmente, el rápido e ineansable animal del "pony expres", el mítico correo a caballo que hiciera brillar a Buffalo Bill.

Como producto de mestizaje, he aquí al *Quarter Horse* o Caballo Cuarto de Milla, de origen discutido. Aparecería hace tres siglos, en tiempos de abruptos caminos, en los que apenas podían encontrarse 300 ó 400 metros para ser corridos con un caballo. Ideal para los vaqueros, fue inicialmente un animal puramente español criado por las tribus Chectaw, de Florida y Chickasaw, de Texas. Más tarde influiría el pura Sangre Árabe y, de forma definitiva, el Pura Sangre Inglés, en especial el semental "Janus" en la segunda mitad del siglo XVIII, para dar al *Quarter Horse* su estampa actual. Caballo robusto y compacto, ágil, veloz y fuerte, es el ideal tanto para el vaquero tejano como para el jinete californio por su facilidad para moverse entre el ganado, por lo que es denominado *cutting horse*, a causa de su especialidad para los recortes y la separación de las reses. Y, en el cine, ¿no recordáis, viejos amigos, el caballo favorito de Ton Mix?

También el Trotador americano, la gran creación hípica estadounidense, conserva raíces hispánicas de bases maternas dominicanas.

Como tipos o agrupaciones más que razas, no olvidemos al bellísimo Palmino, en realidad un heterozigoto, de precioso pelaje isabelino de vaca, pero de fijación imposible, lo que no es obstáculo para que los norteamericanos lo consideren como raza, aunque ya pertenezca el animal en cuestión a otra definida agrupación racial de silla.

Al resurgimiento de este animal como caballo de parada, de circo y de *western*, se asiste hoy día mediante la fiesta anual hípica del "Torneo de las Rosas" en Pasadena -California- con motivo del Año Nuevo, bajo el eslogan del "caballo de oro" para el "Estado de oro".

En la Parada la figura estelar es el Palomino. La Policía Montada del estado de California desfila en cabeza sobre 25 de estos caballos. Despues marchan grupos de caballeros célebres en el "mundo del Palomino", desfilando con verdadero atuendo de parada: el caballo lleva silla y atalajes recu-

biertos de metal plateado, recordando a la “vieja España”, mientras el caballero, con sus vestimentas multicolores de estilo *western*, quiere rememorar al “viejo oeste”. Para estas paradas se escogen especialmente palominos de raza *American Saddlebred* y en segundo lugar *Quarter Horse*. También conoce hoy el Palomino gran éxito como caballo de circo y del séptimo arte: recordemos al famoso *Trigger* de Roy Rogers. Como caballo de silla, de deporte y de recreo es suficiente indicar que la Palomino Horse Breeder’s Association, en combinación con la American Horse Show Association, organiza cada año más de trescientas concursos morfológicos y de adiestramiento que son verdaderas fiestas hípicas, para los que se escogen en primer lugar *Quarter Horse* y en segundo lugar *Saddlebred*. Finalmente, como caballo de rancho y de rodeo, donde prima la eficacia en la tarea sobre la perfección de la capa, son escogidos mayoritariamente los *Quarter Horse*.

El Pinto o Pintado de los cowboys, creado directamente a partir del español -no olvidemos que sólo entre los 16 caballos desembarcados con Cortés en México dos de ellos eran overos, es decir, p!os según nuestro lenguaje actual- fue en tiempos tan solicitado por los indios como más modernamente popularizado por el cine, ya en el tipo overo (pío alto) o ya en el tobiano (pío bajo), que debe su nombre a Rafael Tobías de Aguiar, el caudillo paulista de la revolución brasileña de 1842, por montar tanto él como sus lanceros caballos de este pelaje.

Por otra parte, el Chincoteague, poney de la isla de este nombre, en las costas de Virginia y Maryland, de capa pío alazana, sería una raza de este grupo.

El Appaloosa, con muchas manchas oscuras típicas, principalmente en el tercio posterior, sería posiblemente de lejanas raíces asiáticas, ya que su origen parece remontarse a los famosos y muy antiguos caballos de Fergzhana -los caballos de los mongoles que sudaban sangre-, lo mismo que los rusos Karabay y Akal-Tekké, habiendo sido identificados los Appaloosas en ciertas representaciones del arte chino del siglo VI antes de Cristo. Su capa, como en el caso del Pinto, resultaría de genes que producen pelos de dos coloraciones distintas: una de ellas blanca.

Originados de los caballos españoles de México, muchos de ellos, en su marcha hacia el norte, cayeron en manos de los indios Nez-Percá, excelentes criadores amerindios ubicados cerca ya de la actual frontera del Canadá, junto al litoral del Pacífico, al nordeste del Oregón y en las riberas del río Palouse -de ahí les vendría el nombre-; siendo dados a conocer, tanto los caballos Appaloosas como los indios “de nariz perforada”, por

los exploradores Lewisy Clarke, en 1806. Exterminadas estas tribus que comandaba el legendario José, en una agotadora batalla de seis días, por el hombre blanco en octubre de 1877, sus caballos se dispersaron por todo el oeste. Como única herencia de una tribu vencida y exterminada, sus caballos han adquirido tal renombre hoy día, que representan una de las cinco grandes razas equinas de Estados Unidos -con el *Quarter Horse*, el P. S. I., el *Trotador americano* y el *poney de Shetland*-, siendo especialmente solicitados para rodeos, desfiles, circos y exhibiciones. En Europa los dio a conocer Buffalo Bill en sus visitas de exhibición entre los siglos XIX y XX. De coloración appaloosa es el *Poa* o *poney grande* de los Estados Unidos (*poney americano*), intermedio entre el árabe y el Cuarto de Milla. Es el caballo para los *teenagers*, para los chicos demasiado crecidos para montar un *Shetland*, pero no lo suficiente para montar un caballo normal. Y es que acaso no existe un país donde la posesión de un caballo, o de un *poney*, sea más acuciada por los jóvenes, que hace años suspiraba por un coche en Estados Unidos. Pero ese sueño es cada vez más difícil. Por eso, hace pocos años, en una novela de Donald Barthlelemy, *Snow White*, se hace decir a uno de los personajes: “*Si hubiera yo nacido antes de 1900, hubiera cabalgado con Pershing contra Pancho Villa. En cambio, también hubiera cabalgado con Pancho Villa contra los hacendados y los corrompidos funcionarios del Gobierno de aquélla época. En cualquier caso habría tenido un caballo. ¡Qué pocas oportunidades tienen los jóvenes de poseer personalmente caballos en la última mitad del siglo XX! En realidad, es un milagro que cualquier joven estadounidense se pueda subir a horcajadas en una silla*”.

Todas las razas citadas, más el desaparecido *Conestoga*, estuvieron largo tiempo identificadas con las tribus amerindias de Shoshones, Kiowas, Sioux, Poayutes, Comanches y Apaches.

- En el grupo de naciones centroamericanas y del Caribe es obligado citar al caballo del Paso Fino, de Puerto Rico, de andares de suma elegancia, que se valora en tan apretados como bellos concursos; y también al sanaero, más inferior y al *poney Jamaicano*.
- México, aunque suene a paradoja, ya que es plenamente reconocida la buena monta y la afición al caballo del jinete charro, así como la fama de sus rodesos, no ha cuidado tanto como otros países hermanos la cría del criollo, aunque aún se conserva, además del *poney mexicano* o *galiceño*, el *caballo Mesteño*, pero en su mayoría no totalmente puro por la abundancia de cruzamientos con otros equinos de superior alzada.

- En Sudamérica, la relación es larga: en Colombia tenemos el Santamarieño o del río Hacha, y el Guajiro.
- En Venezuela, país de los llaneros, de los que ha escrito Mangin que "*la verdadera morada del llanero, jinete intrépido, es su montura*", los caballos Llanero y Guajiro, que son montados por tanta majestad por los señores de las llanuras del Guárico -Estado cuyo himno comienza: "*Por los llanos inmensos del Guárico, donde piérdese el potro cerril...*"-, con esa dignidad propia de los grandes señores de los llanos, pertenezcan, bien a la Bacska húngara, a la Podolia de la Europa oriental, a la Pampa argentina, a la Castilla española o al Guárico venezolano.
- En Perú, el costeño o verdadero Criollo peruano, el Serrano o Cholo y el Morochuco o de las punas y altiplanos, habiéndose dicho del primero de ellos que es de andares tan elegantes que incluso supera al andaluz. Es, además de tal aguante que hay ejemplares célebres en este aspecto, como el caballo *Cortaviento*, la yegua *Macarena* y el caballo *Lunarejo* del General Cáceres. Menos elegantes, pero más resistentes, son el Cholo y el Morochuco, que se desenvuelve entre los 2.000 y los 4.000 metros de altitud.
- En Ecuador y Bolivia los "parameros" o quiteños y los "zunchos", parecidos a los morochucos peruanos, más el poney o petizo del altiplano de Bolivia, en la región de Titicaca.
- En Brasil, como descendientes de caballos ibéricos, además del verdadero criollo o Peludo de Rio Grande do Sul, con el que extendieran las fronteras de este colosal país los antiguos "bandeirantes", están presentes el *Mangalarga* o *Junqueira* de Minas Gerais y Sao Paulo, cuya segunda denominación es en recuerdo de su creador el barón de las Alfenas, a mediados del siglo XIX, con sangre de la Alter portuguesa y de yeguas bético-lusitanas, existiendo de este caballo dos variedades -el *Marchador* o *Mineiro* de Minas Gerais, y el *Paulista*, más ligero y reciente-; el *Campolino*, de Minas Gerais, variedad del anterior y formado en el rasado siglo por Caisiano Campolina; y el *Sertanejo* o *Nordestino*, del siglo XVI, extendido por todas las zonas menos adelantadas del país, originado del bético-lusitano y muy querido por los "vaqueiros" nordestinos, tanto en su variedad "Pantaneiro" como en la "Amazónica".
- En Paraguay, país de los indios guaycurús -expertísimos jinetes-, el calallo criollo es muy parecido, aunque inferior, al argentino.

- Los criollos del Uruguay son muy similares a los de la República Argentina, pues no en vano ambos países formaban el “Virreinato del Río de la Plata”.
- Chile, país donde los indios araucanos, bajo los mandos sucesivos de Lautaro y Caupolicán, tanto dificultaron su conquista, cría un magnífico criollo sobre el que el huaso, jinete chileno, en el rodeo se siente como un rey. Lo mismo que en los tiempos de la Conquista constituyeron gran preocupación las buenas medidas de fomento equino -así, en 1551, el Cabildo de Santiago ordenaba “que se marquen todas las yeguas y sus potrillos” y, al año siguiente, que se procurase “tener buenas castas de caballos y, por ello, que ninguno eche caballo a yeguas que no sean miradas por albéitar”-, también en nuestra época fue el primer país americano que abrió el Libro Registro de la raza criolla, en 1893, antes que Argentina (en 1917) y otros países hermanos (Uruguay en 1930, Brasil en 1932, Estados Unidos en 1940).

Son estirpes ilustres del criollo chileno, uno de los más vigorosos, los *Quilamutanos*, los de *Melipilla* y, especialmente, los *Cuevenos*, que dieron raceadores célebres, como el *Caldeado* y su descendiente *Bayo León*, que se mató a los 33 años de edad al intentar saltar la valla -de casi dos metros- del potrero en el que hallaba confinado. Como un criollo de talla reducida, conservan el *Chilote*, en el archipiélago chileno de este nombre.

- Pero el país del caballo criollo es, sin duda, la República Argentina por excelencia, en donde este animal es un símbolo casi de tanto poder y magia como el tango. Así lo cantó Eduardo Pocoits:

*“Uno cuarenta de alzada,  
manos firmes y ancho pecho;  
crin tupida y ondulada  
sobre el pescuezo volcada  
como mata de ‘repecho’.”*

Pero su principal trovador es Belisario Roldán:

*“Caballito criollo, que de puro heroico  
se alejó una tarde de bajo un ombú<sup>1</sup>  
y en alas de extraños afanes de gloria  
se trepó a los Ancles y se fue al Perú”.*

Desciende el criollo argentino de los 44 caballos y yeguas que dejó Irala al abandonar, en 1541 -para repoblar Asunción- el Puerto de Santa María del Buen Aire, que fundara el ya achacoso Adelantado Don Pedro

de Mendoza en 1536, pronto acosada por los belicosos pampas y guaraníes. Pero en su formación, como ha sostenido Ángel Cabrera, habrían intervenido igualmente los llevados en 1542 por el nuevo Adelantado Cabeza de Vaca; los traídos a la región de Córdoba por Diego de Rojas desde Perú en 1543; por Aguirre, desde Chile, en 1533, al fundar Santiago; los llevados a Mendoza por Pedro del Castillo, desde Chile, en 1559; los de Diego de Villarroel, al fundar Tucumán, en 1556; los llegados con Jerónimo Luis de Cabrera, al fundar Córdoba en 1573; y, finalmente, los traídos por Garay al fundar Santa Fe en el mismo año, etc.

De todas estas expediciones, incluida la tropilla abandonada por Irala, pudieron originarse las grandes cantidades de caballos salvajes, bagüales o cimarrones que, cuando fue la ciudad de Trinidad de los Buenos Aires fundada por segunda y definitiva vez -por ser aquél el día en el que desembarcaron- en 1580 por Juan de Garay, pudieron ver con asombrados ojos los nuevos llegados. Cimarrones, que se extendieron principalmente a todo lo ancho de la Pampa y, en menor cantidad, por la lejana Patagonia, formando manadas de las que aún existían ejemplares bien avanzado el actual siglo.

Extendidas aquellas primeras tropillas equinas por la inmensidad pampeana; se esparcieron por la gran llanura desde Buenos Aires hasta el río Salado, multiplicándose espontáneamente y, sometidas a una feroz selección natural presidida por el ambiente, el indio, el yacuareté y el puma, dieron lugar a miles de caballos, tanto que la caza de yeguas y vacas cimarronas fue en realidad la primera industria en el Virreinato del Río de la Plata durante los siglos XVI al XVIII.

A lomos del criollo se extendieron las conquistas españolas hasta la Tierra del Fuego, en lucha contra los indios y el clima; sobre él se escribieron igualmente las más brillantes páginas de la independencia argentina. Fue igualmente factor decisivo en los posteriores enfrentamientos civiles argentinos de 1874, de 1880 y de 1890; en las expediciones militares contra el indio del sur y del Chaco y en los conflictos con Brasil y Paraguay.

Pero para estas fechas apenas existía ya el caballo criollo como tal: una fiebre de esnobismo entre los ganaderos argentinos, que empezó a mediados del pasado siglo, lo había sometido a toda suerte de cruzamientos con razas extranjeras más pesadas, habiendo dado como resultado la obtención de una ganadería caballar que era un verdadero mosaico de tipos y una orgía de etnias.

A principios del siglo actual, un grupo de prestigiosos ganaderos argentinos, el primero de ellos el Profesor Solanet, de la Facultad de

Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires, decidieron luchar por los feros de este magnífico animal. Buscaron ejemplares puros allí donde aún podían ser hallados, en lejanas zonas a las que no había llegado el empeño del carnaval de los cruzamientos, a los dominios de los indios tehuelches, en el noroeste de la hoy provincia de Chubut, por los valles del Genna, del Apulé y del Senguer superior, y empezaron su obra de selección y mejora.

Hoy el caballo criollo ha recuperado su lugar en el país por su número y por sus hechos, que empezaron cuando, en 1909, un tronco de cuatro ejemplares venció, contra adversarios más aptos para estas pruebas, en la carrera internacional de resistencia entre Viena y Berlín.

Mucho antes de esta fecha los criollos de los diversos países americanos habían dado abundantes muestras de su enorme coraje y resistencia, siendo suficientes las citas de las proezas de los caballos del Teniente Samaniego, del capitán español Gervasio de Alarcón -el gran esfuerzo del animal en las barrancas de Nubla ha permanecido como "salto de Alarcón"- o el del General Hornos, muchos años después.

Pero de la inigualable capacidad de resistencia y brío del criollo argentino dieron medida varios *raids* sucesivos, como el que llevó a cabo en 1925 el caballo *Lunares Cardal*, recorriendo la distancia Buenos Aires-Mendoza (1.400 Km.) en 16 días y en pleno invierno; o el que realizaron al año siguiente Tarquist y Peralta Ramos desde Cañuelas a Mar del Plata en seis días y con caballos incluso sin herrar.

Pero la marcha más memorable, y que tuvo gran repercusión en el mundo, fue la se los caballos *Mancha* y *Gato*, "uno manchado, otro gateado" -es decir, pío y bayo leonado, respectivamente-, de 14 y 15 años de edad, de la hacienda *El Cardal* de Solanet que, montados por el suizo Aimé Tschiffely, salieron el 23 de abril de 1925 de Buenos Aires para llevar a cabo un recorrido hasta Nueva York. Como se ha escrito en no pocas lenguas, "*no existe en el mundo tipo de raza alguna que hubiera resistido a las exigencias de este viaje, no ya por su extensión, sino también por los extremados cambios de temperatura, de presión y de alimentos, por la falta de reposo, por las marchas muchas veces forzadas y en las peores condiciones imaginables, con o sin herraduras, de día como de noche...*".

Fue una marcha de miles de kilómetros -21.500- en 504 etapas, batiendo el récord de altura (5.900 metros) con -18° de temperatura bajo cero. Una de las etapas fue de 160 Km., entre los arenales del desierto de Huarey -límites de Perú y Ecuador-, en un solo día, con 52° de temperatura

y sin agua ni alimento. Memorable marcha, a través de tantos países, por llanuras, selvas, ríos, montañas, pantanos, pedregales, con excesiva agua o demasiada sed, con fríos o calores rigurosos, sin recursos ni cuidados, a veces por terrenos de indios o de bandidos, para terminar con el difícil sorteo del tráfico en las carreteras norteamericanas.

Bien es cierto que todos los países y ciudades atravesados rivalizaron en la más generosa ayuda a Tschiffely, que era recibido con toda suerte de fiestas y honores. El 21 de septiembre de 1928 *Gato* y *Mancha* cruzaban Manhattan para llegar al *City Hall*, donde les haría la bienvenida el alcalde James Walter. Después, recorriendo la Quinta Avenida, con el tráfico suspendido en honor de los recién venidos, llegaron al *Central Park* y al Cuartel de la Policía, donde fueron alojados los criollos. Poco más tarde Aimé Tschiffely era recibido por el Presidente Coolidge en la Casa Blanca.

Semanas después los caballos *Gato* y *Mancha* regresaron por barco a Buenos Aires para pasar su vejez en El Cardal. El 27 de febrero de 1944 murió *Gato* a los 34 años y medio de edad. Reconstruido con su esqueleto y piel se halla en una sala del Museo Luján, cerca de Buenos Aires. Su compañero le siguió dos años más tarde, con 37 años, pasando también al Museo citado.

Recordemos, en fin, que más recientemente en 1944, el caballo *Cometa* hizo la marcha Buenos Aires-Santiago de Chile-Buenos Aires, 3.000 kilómetros, en 60 días y durante el verano.

Por la edad a la que murieron *Mancha* y *Gato* puede advertirse otra característica del criollo, su gran longevidad, de la que hay también otras pruebas aún más concluyentes, como la del "doradillo" de Heriberto Gibson, que vivió 45 años; o la del criollo Rich, que era tan popular en Alemania en 1928 y que a los 40 años llevaba los caballos de carrera de los barones Heinberg a la pista de Frankfort<sup>1</sup>.

Este magnífico caballo argentino, que ha sido llevado en gran cantidad a muchos países, desde los envíos del siglo XVII para la conquista de Angola, y que en los Libros-registro se denominó primero argentino y, más tarde, criollo, al unificar los *Stud-Book* con los de los países vecinos, es uno de los símbolos nacionales de los que, con harta razón, se encuentran

<sup>1</sup> Pero esto no es sino una prueba más del marchamo ibérico. Y para sustentarla, podríamos remontarnos a la gran longevidad –40 años- de la famosa yegua *Peyre Bringas*, madre del Babieca del Cid Campeador.

más orgullosos los hispánicos del Plata. Y que también han sido retratado por Belisario Roldán:

*“Caballito criollo, del galope corto,  
del aliento largo, del instinto fiel;  
caballito criollo, que fue como un asta  
para la bandera que anduvo con él.”*

Y aquí termina la relación, creemos que completa, de esta pléyade de razas y tipos producidos en Europa y en América por el caballo español cuando le correspondió padrear alegramente por todos los puntos del Planeta, a veces tras azarosas y largas travesías, como en América, otras después de agotadoras cabalgadas desde el vientre mediterráneo de Europa a tierras escandinavas; y pensamos en las razas danesas, en ocasiones tras catastróficos naufragios o después de duras batallas. Pero, en todo caso, caballos quiméricos, casi mitológicos, unas veces de gallarda estampa, en otras de retrato ruin, pero siempre con una potencia genética limpia y brillante, de forma tal que no sólo contribuyeron a la mayor gloria de nuestro Imperio, sino que, además y sobre todo, dieron lugar a razas del más alto linaje.

Caballo español glorioso, “hijo del Céfiro”, como escribiera Aristóteles, que, entre tantas definiciones y loas, a pesar de resultar tan bellas y redondas las estrofas de Santos Chocano o de Ercilla y Zúñiga, nos apetecen más sin duda, para encuadrarlo, aquéllas palabras del Caballerizo mayor de Enrique IV de Francia, Salomón de La Broue: *“Comparando los mejores caballos entre sí y considerándolos en su mayor perfección, sitúo en primer lugar al caballo de España y le concedo un voto como el más hermoso, el más noble, el más agraciado, el más valiente y el más digno de que sea montado por un gran rey”*.

Del mismo modo que, para exaltar al caballo en general, cualquiera que sea la raza a la que pertenezca, desde la más linajuda a la más bastarda, no existen, en la historia del hombre más certeras palabras de exaltación de este noble animal que fuera su fiel compañero en tan dilatado periplo de la Humanidad que el grito desgarrado de Enrique III de Inglaterra cuando, descabalgado y adivinando su inmediata muerte, en la sangrienta y decisiva batalla de Bosworth, exclama: *“¡Un caballo, un caballo! ¡Mi reino por un caballo!”*.